



Hijos de Dibarusa

Volumen III

Los Ecos de la Sombra Latente

Hijos de Dibarusa

Volumen III

Los Ecos de la Sombra Latente



Gael Castellanos



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: junio 2026

Depósito legal: SE 1934-2026

ISBN: 979-13-7060-026-6

Impresión y producción: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Gael Castellanos

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y,
por tanto, ecológico.

*Para la familia cercana y los amigos fieles.
Porque sin ellos, sería solo un alma
que vaga torpe y errática.*

Parte 6

Capítulo I

Exiliados

El corazón de Cástor Valea palpitaba con intensidad cuando penetró en el *ojo del huracán* a lomos del falco centenario. La silueta de los Montes Valhos lucía lúgubre bajo el resplandor de la luna, el epicentro de la cordillera parecía un volcán en perpetua erupción, el Mar de Cristal vagaba por el valle como un pantano desbordado.

El tiempo se detuvo, la atmósfera era opresiva, la humedad asfixiante. Las partículas de la niebla maldita bañaron el rostro del joven, que no veía, ni oía ni sentía nada.

Cástor descendió de Nayen, el falco de la isla de Fiidya cuyo nombre hacía referencia a su amigo fallecido, y tras una caricia de despedida, enfió hacia la ensenada del Valle del Cráter. La tierra de tonos azulados emitía un vapor ininterrumpido hacia la atmósfera. En el terreno legendario, sentía que pisaba una plantación de materia advínea en ebullición.

Era temprano cuando alcanzó el campamento de Aelara, los rayos del alba acechaban por las estribaciones orientales. Las casas de piedra y madera aparecían sobre el pavimento rocoso que serpenteaba el arroyo a su derecha. Los campos nevados que un día Cástor cruzó despavorido, huyendo de un temor sin nombre, brillaban con los colores estivales.

El alojamiento que entonces le dio cobijo, aunque maltrecho, era el único que mantenía el tejado, guareciendo a los desamparados de las inclemencias de la montaña. Emocionado, Cástor sonreía: había signos de actividad reciente en el hogar. Era posible que él estuviera allí.

Durante el último encuentro en el Santuario de la Existencia, Zárenden le dijo que pasaría sus últimos días en los Montes Valhos. Por eso Cástor había venido: una vez más requería la asistencia de su guía.

Encendió una hoguera cercana, y con calma esperó su llegada; no había seimos cerca de Aelara, Zárenden los había exterminado tiempo atrás. Pasaron las horas, la tarde lo abrazaba. Cástor seguía abandonado en el corazón de cristal, prendiendo una fogata que se apagaba cada media hora por la intensa humedad. Hastiado de esperar, se acostó en el lecho de madera en la casa; confiaba que, al alba, como tantas veces había ocurrido, su amigo lo esperaría mascando canela. Era extraño dormir una vez más en el trágico silencio de la Hondonada, en el aura mística de la Civilización Vetusta.

A lo largo de la eterna jornada siguiente, a solas en la hoguera, Cástor caviló sobre el nuevo cometido que quería consultar a su guía: demostrar al mundo que el hombre es capaz de controlar las tentaciones más siniestras, sin necesidad de ser purificados. Sin recurrir a la Catarsis.

Entre reflexiones, recordaba los consejos de Calysta Laima antes de desaparecer bajo las aguas del Estrecho de Debares:

—Domina primero ese deva maldito, antes de que la oscuridad te domine a ti y merme tu voluntad. Antes de que se convierta en tu perdición. No esperes que la sociedad mantenga el Odio a raya si ni siquiera tú puedes hacerlo.

Eran palabras sabias y prudentes, como caracterizaban a Calysta. Un razonamiento propio de su hermano Lereth.

Tenían tanta lógica que, al recordarlas, Cástor se levantó. Carecía de sentido seguir esperando a Zárenden, había visto claro el

siguiente paso en su camino: invocar el poder oscuro de forma voluntaria. Si conseguía la habilidad de usar la materia gerylea cuando lo deseara, demostraría a todos que es posible controlar el Odio.

—Hasta ahora, el poder de la roca oscura se ha desatado por voluntad propia cuando me he visto sometido a situaciones extremas —reflexionó a viva voz, imaginando que Zárenden lo escuchaba desde el otro lado de la hoguera—. Aquí, en el Valle del Cráter, ese poder apareció cuando peligró mi vida, y en el Templo de Dibarusa, cuando aquella comandante quiso matar a Lereth.

La proyección del Tardígrado asentía mientras mascaba una rama de canela.

Cástorladeó la cabeza.

—Me pregunto qué ocurriría si forzara una situación desesperada como aquellas... ¿Aparecería ese poder?

—Este es el lugar perfecto para comprobarlo —dijo la proyección frente a él—. Échale valor, mi joven y querido compañero.

Convencido de que esa decisión lo acercaba a su objetivo, Cástor abandonó el campamento de Aelara con valor. Desde una loma cercana, sintió la presencia de una amenaza real: la enorme silueta etérea del seimo sin nombre caminaba lánguida hacia ninguna parte, ignorante de aquello que acechaba en la distancia. De garras y colmillos afilados, evocaba un hijo bastardo entre el Soberano y el Ególatra, un depredador letal.

Antes de someterse a él, Cástor decidió debilitarlo para evitar riesgos innecesarios. Con los ojos cerrados y concentrado en la energía, sus oídos siguieron los pasos del seimo, la respiración tosca; el olfato identificó el hedor corrompido; el instinto, el aura inconfundible de una criatura única en el mundo.

Abrió los ojos: el seimo había doblado las patas para descansar, inapetente, inofensivo. En su hábitat natural, sin humanos alrededor, Cástor dudaba si hacía lo correcto. Eliminarlo sin necesidad iba en contra del Código del Cuerpo de Fe, de la moral de Dibarusa.

Sacudió la cabeza.

«Ese seimo es un producto artificial, creado a raíz de la modificación del genoma humano. No es hijo natural del Planeta». Nadie lo culparía por arrebatarse la vida de la bestia sin nombre.

Con el deva apretado con fuerza, dejó su mente en blanco hasta percibir la esencia del seimo. Conocía el calor de las profundidades, lejano y poderoso: lo dirigió al deva, y de allí, a su objetivo.

Prender fuego a una bestia de ese tamaño requería un gran consumo de energía, por suerte, solo necesitaba debilitarlo. El seimo gimió tan pronto como sintió el calor en su interior, y erguido a dos patas, desvió la atención hacia Cástor. La posición del daéruma había quedado descubierta.

Era el momento de poner a prueba la materia gerylea.

El cuerpo del joven temblaba como un conejo inquieto mientras acariciaba con fervor el brazalete. Dirigía con cuidado buena parte de su energía vital hacia la roca oscura para asegurar que utilizaba solo esa parte del deva. Tan solo esa. «¿Y si sale mal, y los elementos me abandonan...?». Acongojado, dio unos pasos atrás. La bestia, con los dientes apretados, se abalanzaba hacia él.

Enfocó la energía del deva en su objetivo. Solo tenía una oportunidad. Si la roca oscura le fallaba, ¿qué sería de él? «Me hará picadillo...».

Cerró los ojos con fuerza, y una sonora llamarada envolvió el cuerpo de la criatura.

El seimo, ardiendo desde las entrañas, cayó de bruces al suelo con un terrible alarido.

Tambaleante, Cástor estuvo a punto de desfallecer. Su energía estaba mermada, y había fracasado. Forzar una situación desesperada no funcionó, la materia gerylea lo había traicionado.

El resultado fue peor de lo esperado. La llamarada atrajo la atención de otras bestias, que gritaban coléricas desde lo profundo de la niebla más espesa. Los ojos del daéruma tardaron en enfocarse, respiraba a trompicones, su cabeza pesaba una tonelada.

Las siluetas corrían frenéticas en la sombra. La idea de recurrir a gerylea estaba descartada, no dejaría su vida en manos de un aliado traicionero.

De vuelta en la hoguera de Aelara, con el elemento fuego a mano y la lanza de acero agarrada con firmeza, se preparó para la acometida.

Esa vez Zárenden no acudiría en su ayuda.

< < < > > >

Una humareda salía desde la otrora estancia de Gádribel Bóreas, en los recodos de la linde del Santuario de la Existencia. El olor a estofado de setas motivaba los caprichos más banales. A punto de desmayarse, Cástor se dejó caer en el asiento de piedra, y con los ojos vidriosos miró a su hermano, que cocinaba al amparo de un ambiente cálido y familiar.

Lereth sonreía.

—Vaya, sigues de una pieza. Te daba por muerto.

Cuando Cástor se fue a los Montes Valhos, Lereth sintió pánico ante la idea de que no regresara.

Habían transcurrido varias semanas desde la caída de Dibarusa. Desde allí, a lomos de Nayen, los hermanos habían viajado al Santuario, donde Lereth temía quedar recluido. En su condición actual, estaba a merced de la voluntad de Cástor. Permanecería exiliado hasta que su hermano decidiera lo contrario.

Él era el único capaz de sacarlo de allí. Si moría, el Santuario se convertiría en una tumba solitaria para Lereth.

—He estado cerca de caer —dijo Cástor con una mueca de sonrisa cansada.

Lereth ojeó su uniforme: había rasgaduras en cada sección, la sangre reseca asomaba entre los brazos y el torso. Verlo en pie era un milagro.

—¿Qué demonios ha pasado ahí arriba...?

—El poder oscuro aparece como fruto de un antojo caprichoso. Lereth volvió la atención a la cazuela del estofado.

—Entiendo que no has dado con él.

—Esperé al Tardígrado dos días completos...

—Ya veo.

Cástor resopló.

—No importa, he llegado a una conclusión en los montes: dominaré este poder.

—¿A qué te refieres?

—Lo controlaré de modo que yo decida cuándo aparece.

Con la prudencia que lo caracterizaba, Lereth se volteó para expresar su opinión:

—¿Y si ese poder oscuro está fuera de nuestro alcance y no podemos dominarlo por mucho que lo intentemos? —Señaló la sangre que embadurnaba su uniforme deshilachado. — ¿Y si lo ocurrido en los Montes Valhos es una señal del Destino para que te deshagas del brazalete maldito? Calysta te entregó su deva antes de morir, aprovéchalo.

—Nunca desistiré. Mientras viva, no perderé la fe. —El mensaje de Nayen Darío antes de morir seguía clavado a fuego en el corazón de Cástor—. Si comprendo la esencia del Odio y averiguo el funcionamiento de la materia gerylea, dominaré su poder. Estoy convencido de que, entre las nemosferas del Archivo, se narrará el momento en que los daérumas fueron corrompidos por la oscuridad, un suceso clave para comprender su significado. Si descubro el motivo de su existencia, entenderé el peso que ejerce sobre nuestra consciencia.

—El Archivo está lleno de orbes, tardarás meses en encontrar el que buscas...

Cástor se encogió de hombros.

—No tenemos prisa. Tú tienes un largo camino por delante, dominar las artes ancestrales requiere tiempo. ¿Dejarás tu entrenamiento a medias?

Antes de contestar, Lereth saboreó el estofado: estaba listo. Puso la cazuela sobre la mesa, sirvió lo platos, y comieron durante un largo rato sin pronunciar una palabra.

—Me gustaría acabar mi entrenamiento lejos de aquí —se sinceró Lereth, la mirada fija en la comida—. El mundo humano vive un momento caótico mientras nosotros echamos la vista a un lado. La Civilización nos necesita, Cástor. En este lugar, me siento como un cobarde que evita enfrentarse con la realidad. Y detestaría que me recordaran como tal.

Cástor movió una mano de un lado al otro.

—La caída de Dibarusa no solo fue un duro golpe para la Orden, también para la Corporación Lázeros: ahora tienen limitado su rango a la Región Occidental. Talos Édelan y Dégora aprovecharán que Oriente está libre de su influencia para mantener la vigencia de la Catarsis. En esa situación, nuestra presencia en la Civilización apenas cambiaría nada, hermano, a menos que continuemos el legado de Calysta... Eso es lo que la Orden espera de nosotros. El Gran Maestro nos rogará que velemos por el Planeta, como ella hizo. Recuerda las palabras de Calysta en la nemosfera sobre el clan Édelan: no son nadie sin alguien que los guíe desde la sombra. ¿Le dirás tú que ese no es nuestro deseo? ¿Le pedirás que busque a otra persona para que releve a su diosa?

Lereth, resignado, bajó los ojos.

—Preferiría evitarlo.

Era un argumento convincente, pero Cástor percibía dudas en el semblante de su hermano, que comía el estofado sin mirarle a la cara.

—La toma de Dibarusa y la muerte de Calysta han sucedido por una razón desconocida. Vivimos una época de cambios estructurales, y *nosotros* somos los elegidos para el futuro que se cierne sobre el mundo humano. Este es el lugar idóneo para prepararnos, tenemos que estar a la altura de lo que se avecina. ¿Acaso no lo ves? El Destino nos muestra el camino.

—El Destino... —repitió Lereth con desdén—. Siempre el Destino.

Cástor, incorporado en la silla, comprendía la desazón de su hermano.

—Entiendo que echas de menos a Narcea.

Lereth tosió con cuidado para no expulsar la comida de la boca.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Es una razón de peso para regresar tan pronto.

—Algo así jamás influiría en mi criterio.

—Decidiste convertirte en un daéruma por ella. La gente otorga mucha importancia al amor... Creo que nunca entenderé su atractivo.

—No lo hice solo por ella, necesito esos poderes para acabar con la Corporación Lázeros. Gregario Dilaff controla las artes ancestrales, y apuesto a que sus esbirros también.

—Para ello necesitas más entrenamiento. Aquí se avanza a paso de gacela, en unos meses estarás a mi nivel.

Lereth miró a su hermano con los ojos entornados. Detrás de su ofrecimiento, buscaba una meta que carecía de sentido para él.

—¿Por qué, Cástor? ¿Por qué te empeñas en conseguir ese poder maldito a toda costa? ¿No deberías evitarlo? Somos fácilmente corrompibles, mira al traidor de Vanhol Daras y su alma manipulable. Aunque lo purificaste, en pocos meses volvió a abrazar el Odio. Como seres humanos, quizá seamos incapaces de hacer frente a la oscuridad. Ni siquiera tú, alguien tan poderoso, la ha dominado. Tu mente es fuerte, tu espíritu férreo, eres un daéruma ejemplar, y aun así, en el Templo de Dibarusa...

Sentía pánico al recordar el momento en que su hermano eliminó de un plumazo a varios espurios, haciéndolos fundirse con la atmósfera. No quería que se convirtiera en un monstruo.

—Fue un error —contestó Cástor.

—Dime, hermano, ¿cuántos seimos han caído hoy en el Valle del Cráter? ¿Cuántos seres han de morir para saciar tu apetito curioso? ¿Por qué no eres una persona normal, como el resto de la gente...?

La voz de Lereth sonaba desgarrada, apenas le salían las palabras.

Cástor evitaba el cruce de miradas. Ante el silencio que sobrevino, Lereth giró la cuchara entre los dedos con nerviosismo para ahondar en su opinión.

—Permitiste que Zárenden te guiara a una vida alocada, arrastrándome en el camino, y ahora estas empeñado en cumplir un proyecto tan extravagante como peligroso, no solo para ti, sino para todos cuantos te rodean. Me cuesta entender tus actos, hermano, no sé hasta qué punto seguiré tus pasos...

Con la mirada baja, Cástor tardó en contestar. Estaba agotado después de largos días en los Montes Valhos, y le dolía todo el cuerpo tras el combate contra los seimos. Necesitaba descansar tanto como resolver ese asunto.

Creía con firmeza en su propósito, y no lo dejaría ir pese a sus implicaciones.

—Esta es la primera vez que tengo un objetivo propio. Es mi sino, y lo perseguiré cueste lo que cueste. Tengo que conocer más sobre nosotros, los humanos, sobre nuestros orígenes impuros. Dame tiempo, hermano, por favor...

Lereth, con expresión resignada, desvió la mirada al plato.

—Está bien, entrenaremos aquí. Solo te pido que no te demores demasiado.

Capítulo II

La Sabiduría Ancestral

Cástor pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en el Archivo de la Existencia. Sumido en las nemosferas, vivía ajeno al resto del mundo. En otra época, en otra realidad.

Antes de su regreso al Santuario, había experimentado las memorias de Calysta, pero el resto de las nemosferas contenían centenares de horas de conocimiento sobre la Edad Perdida, los daérumas originarios y su desarrollo como reluctantes, paralelos a la evolución del hombre.

Los orbes más antiguos narraban las costumbres de estos seres únicos en la Historia, el uso de las artes ancestrales, su admiración hacia el Planeta y la Raíz. A Cástor le sorprendió su aspecto: de cuerpo cuasi celeste, disponían de pelaje, extrañas protuberancias en la piel y extremidades tan pequeñas que parecían deformes. Sus ojos eran enormes, también la nariz y la boca. Apenas había rastro de las orejas, quizá porque no necesitaban el sentido del oído. Sus brazos terminaban en puños escarpados como muñones hábiles para moverse; la postura bípeda aún no la habían desarrollado. Los poderes manipuladores les ofrecían cuanto necesitaban para subsistir, no requerían manos para alimentarse o combatir, ni para construir sus hábitats.

Por desgracia, Cástor desconocía los mensajes de los orbes: tanto la forma de comunicación de los daérumas originarios como las imágenes que transmitían eran abstractas, crípticas. A veces solo mostraban la belleza del mundo, su amor por las criaturas y la madre de todas ellas. Aunque esto lo fascinaba, decidió ignorar los orbes más antiguos y avanzar hasta los comienzos de la Edad Vetusta, cuando el Odio irrumpió en el mundo y dominó el corazón de aquellos seres.

Desde el exilio al que fueron denostados, los daérumas reluctantes, opuestos al cambio que suscitaban sus congéneres, observaban con curiosidad y temor el ciclo evolutivo de estos tras la caída del meteorito en los Montes Valhos. El abuso del cerebro y su desarrollo hacia caminos insólitos llevó a los humanos recién surgidos a la megalomanía, a sentirse superiores sobre el resto de los seres y a controlar el entorno sin pudor, insensibles ante las consecuencias de sus actos. Estaban corrompidos por la oscuridad sin ser conscientes de ese elemento.

Era difícil adivinar el factor que provocó la llegada del Odio al espíritu humano. La teoría auspiciada por los reluctantes, que la Orden comulgaba, narraba la ruptura de su conexión con el alma del Planeta, pero Cástor sabía que no era el motivo primordial. Y encerrado en el Archivo, navegando entre las diferentes épocas, anotaba los detalles que lo inquietaban, analizaba datos y elaboraba teorías sobre la vida de los reluctantes y el Odio surgido en sus primos los humanos.

El lenguaje de los reluctantes tenía una lógica sorprendente. Entre ellos se comunicaban con extraños símbolos y balbuceos, y en los tiempos cercanos a su extinción, usaban la telepatía para las notificaciones importantes a los miembros distantes del Santuario. Gracias a las anotaciones que Calysta y su amigo Gádribel habían escrito por doquier en el Santuario, Cástor infirió de forma rudimentaria la comunicación que usaban para transmitir sus cavilaciones.

Calysta y Gádribel habían desarrollado una suerte de léxico ancestral para descifrar el significado de los mensajes. Según este, la palabra ‘daér-uma’ provenía del lenguaje antiguo y significaba *manipulador de materia*. «Por eso es tan común esta descripción», Cástor ató cabos. ‘Advínea’ era un mineral *místico*, y los Montes ‘Valhos’ aludían a los Montes *Sagrados*. Más allá de la curiosidad que auspiciaba su interés, estos descubrimientos tenían poco valor para el propósito del joven.

Durante uno de los paseos por el Santuario, Cástor dio de bruces con el intrincado laboratorio del equipo científico de Gádribel Bóreas; había olvidado su existencia. Allí, casi dos mil años antes, nació la materia gerylea. Allí se gestó el azote de la Civilización Vetusta.

Oculto en lo profundo de las cavernas, el laboratorio contenía encriptaciones, disertaciones y análisis con ingentes datos sobre la afección del Odio en el espíritu humano. Aunque escritos en un lenguaje demasiado técnico para Cástor, dilucidaban el impacto que la corrupción del alma suponía para el desarrollo natural de las personas.

Estos informes fueron más provechosos que cualquier nemosfera que vivió los últimos meses.

Los científicos de Gádribel concluyeron que el Odio era una degeneración del cerebro humano, como un virus que consumía la voluntad del poseedor. Este *parásito* invisible al ojo humano cegaba a su huésped, menguaba la libertad, y tomaba las riendas de sus decisiones, como un bloqueo mental que impedía actuar de forma razonable. En ocasiones les otorgaba personalidades tan diferentes que parecían otros sujetos.

Sobre el origen del Odio, el mal endémico del hombre, los científicos elaboraron diversas teorías. Algunos aseguraban que era un castigo divino, una *cárcel mental* impuesta por las deidades; Gádribel estaba entre ellos. Otros creían que era una infección del organismo que afectaba al espíritu y lo corrumpía hasta

controlarlo. Por último, había quienes lo consideraban una tentación del alma, la mayor de todas, cuyo fin era la persecución de placeres efímeros. Calysta pertenecía a este grupo.

Todas las teorías coincidían en la debilidad mental como la raíz de la *enfermedad*, una incapacidad que provocaba desviaciones en la voluntad y perturbaba el desarrollo del hombre como especie superior.

En sus caprichosos experimentos, los científicos combinaron el parásito oscuro con la materia advínea, originaria del corazón del Planeta, para crear una nueva sustancia: la materia gerylea.

El contacto del ser humano con ella era crítico: la esencia se consumía, la voluntad se neutralizaba. Provocaba consecuencias atendiendo al grado de corrupción del espíritu objetivo. En los huéspedes más afectados por el Odio, el contacto con gerylea apenas modificaba su esencia, convirtiéndolos en bestias menores. En los espíritus resilientes que mantenían su pureza, la transformación provocaba modificaciones severas en su estructura genética.

«Por eso existen seimos de tan diversa índole», concluyó Cástor. Como antiguo Soldado de Fe, apreciaba estos descubrimientos. Necesitaba compartir estas curiosidades con Lereth.

Hasta ese día, Cástor no fue consciente del tiempo que había vivido excluido del mundo, entre nemosferas y disertaciones.

< < < > > >

Lereth entrenaba en un risco frente a la cueva de Gádribel, absorbido en las energías del entorno. A su aspecto desaliñado acompañaba una barba crecida de manera sorprendente.

Era difícil adivinar cuántas semanas habían transcurrido desde la última conversación entre los hermanos. Sin un astro que acomodara la rutina, los horarios eran veleidosos. Dormían cuando los párpados se cerraban, comían cuando las tripas rugían; nada afectaba a sus hábitos en la caverna extravagante.

Aparte del ejercicio físico diario, Lereth practicaba para comprender la esencia de los elementos. El silencio, la calma y la estabilidad climática del Santuario eran perfectos para alcanzar su objetivo. En el aislamiento del bioma artificial, sus habilidades evolucionaban a pasos de gigante.

Por otro lado, la melancolía dominaba su corazón. Detestaba sentirse solo, aunque era un desafío necesario para, de regreso a casa, ayudar a su gente a combatir a Lázeros. Cada día, al despertar en esa quietud abrumadora, recordaba por qué estaba allí, por qué merecía la pena tanto sufrimiento. Sabía que al volver le esperaba la guerra, el dolor y la muerte. Vivir en la ignorancia de los Confines del Planeta, con el único propósito de convertirse en un daéruma, era alentador.

En tal aislamiento, apenas veía a Cástor una o dos veces al mes. Cuando abandonaba las cavernas, Lereth le proponía entrenar para que sus músculos no se atrofiaran. A la vez, Cástor animaba a Lereth a que penetrara en su alma, con cuidado de guiarle y limitar su interacción. Con cada nuevo encuentro, Cástor se sorprendía de su avance meteórico; la soledad del Santuario potenciaba el estado indolente.

Ese día, antes de compartir las novedades del laboratorio, Cástor practicó una habilidad aprendida con las nemosferas. Impactado, Lereth escuchó en su mente una voz desconocida. Fue una experiencia única.

—¿Eso es... telepatía? —preguntó Lereth.

—Veo que funciona bien —dijo Cástor riendo cerca de él—. Puede sernos de utilidad en un futuro, sobre todo si tergiversamos la voz, como acabo de hacer. —Tomó asiento con las piernas estiradas. — Te veo centrado en el entrenamiento.

—Temo no estar preparado para cuando volvamos a casa. —El tono de Lereth sonaba desgastado, hacía semanas que no hablaba.

—Puedes estar tranquilo, aún estoy lejos de controlar la roca oscura. Aunque he avanzado mucho en los últimos días.

Tras compartir las novedades del laboratorio secreto, Lereth se emocionó al descubrir tantos datos sobre el gran enigma del cuerpo de Fe: los seimos.

—Las criaturas del Valle del Cráter tienen un aspecto diferente al resto por su condición original de *daérumas* —explicó Cástor—. Allí se juntaron los individuos que invocaron el Mar de Cristal hace casi dos mil años, aquellos que acabaron con la Civilización Vetusta. Los humanos más puros de entonces. Con vendría darles un nombre nuevo, es el único tipo de seimo que nos falta por clasificar.

—Los llamaremos Verdugos —sugirió Lereth—. Ellos provocaron la Gran Catástrofe y *eliminaron* a miles de millones de humanos.

—Me parece apropiado. Por fin el temor de los Montes Valhos tiene un nombre. —Cástor ladeó la cabeza—. ¿Controlas ya algún elemento?

—La tierra es la que menos quebraderos de cabeza me provoca, y el agua la tengo casi dominada. Pero al fuego no me acerco... Me parece increíble que lo controlaras en tan poco tiempo, y fuera del Santuario.

—Tenía mis razones, y la motivación mueve Altos de montaña... Estás preparado para sacar provecho del cristal índigo del deva. Dégora me mataría por enseñarte la última fase antes de que domines la segunda, pero ese poder es necesario para enfrentarte a los miembros de Lázeros.

—Me apena abandonar los elementos. Por fin estaba progresando.

—Cuando comprendas la esencia de los seres vivos, entender los elementos será muy sencillo.

Lereth sonrió. Hacía tiempo que, centrado en el entrenamiento, ignoraba sus preocupaciones. Como le dijo Cástor entonces, poco haría él para cambiar las tornas de la Civilización en su estado actual.

Antes de mostrarle los entresijos de la nueva fase, Cástor le propuso combatir, como hacían siempre que se reencontraban. Pronto se perdería en las cavernas durante semanas, necesitaba un poco de ejercicio.

Lereth aceptó la propuesta. Tras su paso por la Hondonada, Cástor se había convertido en un guerrero agresivo e imprevisible. Cada lucha contra él era una nueva estrategia. Y eso le gustaba.

< < < > > >

Un día cualquiera, Cástor propuso a su hermano que le acompañara a los Montes Valhos. La congoja estremeció a Lereth: el regreso a casa se acercaba, lo sentía en los huesos.

Acompañados del falco Nayen, los hermanos enfilaron más allá del pasadizo de entrada a la gran caverna. Una brisa arrastraba un frío polar. «Debemos estar en pleno invierno», intuyó Lereth, atribulado por el paso del tiempo en el Santuario.

El propósito de Cástor había avanzado mucho desde que descubrió el laboratorio de Gádribel. Con los datos obtenidos, comenzó una serie de ejercicios que requerían experimentar con la materia gerylea del deva y con su propia energía, una actividad desconocida para él. Su espíritu fluía como un maremoto entre sensaciones casi antagónicas. Y cuando por fin puso orden en su interior, se sintió preparado. Era hora de regresar a los montes.

La luna alumbraba el vasto páramo grisáceo alrededor del Santuario. Los terrenos áridos del Desierto de Dhaev evocaban un mundo devastado. La arena asimilaba huesos molidos dispuestos por doquier.

Lereth se sorprendió: estaban despiertos en plena noche, su horario estaba desfasado. A su lado, Cástor veía todo con normalidad. «Poco hay que le sorprenda o le inquiete», caviló Lereth. «Su tez nunca varía». Cada vez le recordaba más a Dégora Corae,

como temió desde un principio. Se estaba convirtiendo en un verdadero daéruma.

—Será mejor que esperemos al amanecer —propuso Lereth, consternado ante la visión de los montes en tinieblas.

—No te preocupes, llegaremos con las primeras luces del alba.

Lereth miró hacia el cielo, buscando el ligero fulgor del astro rey.

—¿Qué te hace pensar eso...?

—He vivido mucho y he viajado lejos. —Cástor recordaba las conversaciones con Zárenden al pie de la letra.

Montado a lomos del falco, alargó la mano a su hermano. Lereth se acomodó en el dorsal de la bestia.

—Espero que no me lleves directo a la muerte. Todavía carezco de un infante a quien legar mi excelso patrimonio.

Cástor sacudió la cabeza. Nunca comprendería los chascarrillos de su hermano. Con suavidad dio un golpe a Nayen, que batió sus alas punzantes, dejando atrás un reguero gris.

Abandonaban el yermo. Un nudo en el estómago de Lereth le impedía disfrutar de los primeros momentos de vuelo. Había olvidado las náuseas que le producían los vaivenes, los golpes de viento, la altura que tomaba la bestia. Agarrado con firmeza a Cástor, cerró los ojos, y cuando los abrió, se empaparon de niebla cristalina.

Descendieron, y el Mar de Cristal, teñido por la tenue luz que traspasaba la cúpula neblinosa, bañó su rostro, cegándolo. Un gemido de dolor acompañaba el aterrizaje sobre la nieve. Paralizado por el frío, Lereth esperó en el lomo a que su hermano tomara las riendas.

Cástor acarició al falco con cariño y, con cautela, miró alrededor.

—Hay algo inusual aquí —dijo a viva voz, y amusgó para encontrar el foco de la anomalía, entre la espesa niebla celeste y la nieve arrastrada por el viento.

Lereth descendió temblando.

—¿Deberíamos preocuparnos...?

—No hay amenaza en la ensenada, la perturbación viene de lo profundo del valle. —Cástor señalaba algún punto en la distancia. — Puedes estar tranquilo, tan pronto demuestre que estoy preparado, nos marcharemos de aquí.

—Date prisa, por favor. Estoy congelado.

Cástor, acostumbrado a los climas extremos, caminó con normalidad hacia la opacidad blanquecina. Lereth lo seguía con presteza para no perderlo de vista.

—He descubierto en el laboratorio que los científicos construyeron un monolito enorme para el Valle del Cráter —contó Cástor sin mirar atrás—. Me pregunto dónde estará. Es imposible ver nada con tanta niebla...

—¿Crees que sigue en pie? —inquirió Lereth, avanzando a duras penas para mantener la posición junto a su hermano—. El resto de los monolitos están destruidos.

—Es posible. Si es tan grande, albergará mucha energía. Quizá es el responsable de que, tras tantas centurias, nuestro mundo siga bañado en el Mar de Cristal.

—Tiene sentido, la maldita niebla nace de aquí. Me pregunto qué ocurriría si lo destruyéramos... ¿Crees que terminaríamos con la neblina de una vez por todas?

Cástor se irguió de hombros.

—Dudo que tú y yo tengamos la habilidad para hacerlo sin acabar con nuestra vida. Harían falta al menos una docena de daérumas para...

Un fuerte rugido trunció la conversación. Cástor alargó el brazo hacia Lereth.

El Verdugo acechaba los confines del valle. Su silueta era una estampa tétrica en el manto de niebla.

Consternado, Lereth dirigió la mirada a su hermano, cuyo cabello grasiento bailaba al son de los golpes de viento.

Cástor le indicó con la mano que se alejara. Era el momento de poner en práctica lo aprendido. Cerró los ojos y tocó la roca oscura de su brazalete.

Solo el silbido del viento acompañaba el silencio que dominaba el entorno.

De súbito, el Verdugo desapareció ante los ojos de ambos. Un reguero de sangre negruzca bañó la tierra pálida.

En una mezcla entre agotamiento y alivio por lograr su propósito, Cástor calló de rodillas a la nieve.

Había dominado el Odio.

—Lo has conseguido... —exclamó Lereth, atónito—. Has utilizado el poder a voluntad.

Lereth dudaba si alegrarse o temer a su hermano. Un enorme seísmo había desaparecido delante de él en un abrir y cerrar de ojos. Si Cástor había arrebatado una vida como aquella con tal facilidad, acabaría con todo lo que se propusiera.

Una voz trémula, arrastrada por el viento, interrumpió la reflexión poco halagüeña.

—Veo que has obtenido el poder de destruir la esencia, mi querido amigo.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Lereth: desde lo profundo del Valle del Cráter, una silueta humana se acercaba a ellos. A su lado, los ojos de Cástor estaban abiertos como platos, e incrédulo descubrió que sonreía más que nunca.

Pero no era alegría lo que mostraba su hermano. Era esperanza.

—Te presento a Zárenden —le dijo Cástor. Su voz denotaba una emoción incontrolable. Lereth dedujo que la presencia del Tardígrado era la perturbación que invadía el valle—. Me alegro de que os conozcáis por fin. He esperado largo tiempo este momento.

La silueta se convirtió en un extraño hombre de ropajes harapientos, cuyo cabello raído cubría un rostro maltratado; una capa

lo envolvía como una oscura crisálida. Su aspecto recordaba al de Cástor, pero con treinta años más de experiencia en las tierras desconocidas.

Los ojos de Lereth se cruzaron con los de Zárenden, y un intenso dolor de cabeza arreció, los escalofríos invadieron el alma del joven guerrero y la vista se nubló. Un pitido intenso resonaba en su mente.

Al levantar la mirada hacia Cástor, el mundo giró. La niebla de tonos celestes, el fulgor rojizo del amanecer, el individuo que lo observaba, todo se desvanecía. Solo un nubarrón de oscuridad alternaba entre imágenes aleatorias.

Cástor agarró su cuerpo endeble antes de caer estampado de bruces contra la piedra celeste.

Capítulo III

Tensas Deliberaciones

Zárenden creó una hoguera con la energía del subsuelo, y sentado con una rama de canela en la boca, le ofreció otra a Cástor. Lereth seguía tumbado sobre un manto de tela, inconsciente.

Cástor estaba emocionado de tener al Tardígrado frente a él. Cada vez que se juntaban, algo nuevo y emocionante le ocurría. Ese hombre solo llegaba a su vida por una buena razón.

Nayen y Varon, el falco de Zárenden, se acercaron al calor de la hoguera, las enormes alas plegadas en la espalda. Ninguno parecía sorprendido de encontrarse con otro miembro de su especie.

Cástor, como tantas veces, volvió a ladear la cabeza. Había perdido la timidez con el Tardígrado, su mística presencia no lo perturbaba como en los inicios.

—¿Qué le has hecho? —preguntó mientras atendía a su hermano.

—Quiero hablar contigo, mi audaz compañero, no con él. —Su voz era tan áspera que parecía emitir sonidos guturales—. Deja que descanse.

Cástor se apartó de Lereth para centrarse en su acompañante.

—Antes has mencionado que he obtenido el poder de destruir la esencia, pero tú dijiste que la energía no desaparece, solo se transforma.

—No has destruido la energía del seimo, pero sí la sustancia tangible, corpórea, la forma que lo convierte en un ser único a nuestros ojos. El remanente se ha fusionado con la atmósfera, ahora es parte del Planeta y dará vida a nuevos seres.

—Entiendo...

Zárenden escupió la rama de canela con un gesto de disgusto, y sin perder un instante se llevó otra a la boca. La hoguera iluminaba sus ojos oscuros, los brazos fuertes y delgados recogían la capa harapienta mientras se acomodaba.

—¿Cómo te sientes, Cástor?

La pregunta sorprendió al joven por escuchar de nuevo su nombre de la boca del Tardigrado. Solo había sucedido una vez en el pasado.

—Estoy... bien. Muy bien. Dudaba si sería capaz de dominar la oscuridad. Te busqué hace meses para que me dieras un consejo, en vano. No obstante, decidí que, para avanzar en mi camino, necesitaba usar este poder a voluntad, y no cuando la materia gerylea lo impusiera de forma arbitraria. De ese modo, tendría control sobre la oscuridad. Ahora decido cuándo y cómo surge. Lo he conseguido sin ayuda externa, aunque las anotaciones de Gádríbel y los científicos fueron de gran utilidad.

Cástor hablaba con satisfacción, era la hazaña que más orgulloso le hacía sentir. Un logro propio. Esperaba recibir una enhorabuena de Zárenden, sin embargo, él seguía absorto, con los ojos en las llamas y los brazos apoyados en el regazo.

—Me alegro por ti, pero te preguntaba cómo te sientes después de dar muerte al seimo por puro capricho. ¿Te perturba actuar así? ¿Sientes culpa, desdicha, aspereza? ¿Te sientes más humano, en el sentido genuino de la palabra?

Cástor se movió incómodo. Las palabras y el tono del Tardigrado le incriminaban por eliminar a una criatura sin necesidad, aunque tenía un motivo de peso para tal acto. ¿Por qué preocuparse después de lo que había logrado?

—Era un paso necesario. —No deseaba dar importancia a ese tema, aunque el lenguaje de su cuerpo implicaba un conflicto interior.

Zárenden asintió con la mirada esquiva, y durante un instante eterno, siguió absorto en las llamas. Cástor percibió cierta lejanía entre ellos, como si algo hubiera cambiado desde el último encuentro.

—Pareces decidido a continuar tu plan de crear una sociedad que domine el Odio. Y si fracasas, ¿qué harás?

Cástor titubeó.

—Rendirme, supongo. Cedería ante la Orden y continuaría la Catarsis. O quizá desaparecería y me olvidaría de todo, habitando en las profundidades como tú. No lo sé, todavía no he perdido la esperanza.

—Entiendo que descartas una alianza con la Corporación Lázeros. Ahora los conoces un poco más, ¿qué parte de su filosofía te inspira tanto desprecio?

Cástor guardó silencio para buscar en su corazón la respuesta apropiada. Nunca se había preguntado por qué no los apoyaba. ¿Qué tenía él en contra de ellos? Los miembros de Lázeros eran los enemigos de la Orden y la Catarsis, las bases de la Civilización, aunque él no sentía ningún apego por esas cosas. Apreciaba la filosofía de Dibarusa, pero el sistema que Calysta ideó para continuar su legado no le convencía. Era demasiado radical.

Recordó la conversación con Lereth en el Templo de Dibarusa. Entonces su hermano planteó la idea de que Gregario Dilaff, como Calysta, tenían ideales puros que debían respetar, pese a que sus principios y metas colisionaban con las suyas.

Durante su tiempo en la universidad, Cástor reflexionaba a menudo sobre las sociedades vetustas. Aborrecía el egoísmo de las añejas culturas avanzadas, la falta de respeto hacia el Planeta y el resto de las sociedades. La meta de Lázeros era volver a esa mentalidad egocentrista. Igual que los espurios vetustos, Gregario y sus

esbirros mostraban simpatía por los suyos a costa de la indiferencia hacia todo lo demás. Era una actitud que Cástor denostaba.

Apretó los puños.

—Lázeros ha denigrado los ideales que caracterizaban Dibarusa. Para ellos, el hombre es el centro del universo, lo aprecian tanto que quieren recuperar la gloria de la Civilización Vetusta. Si los dejáramos actuar con libertad, apuesto a que, con tal de retomar la Hondonada, acabarían con los seimos.

Zárenden sacó otra rama de canela del bolsillo.

—No pretendo alterar tu regocijo, pero acabas de eliminar un seimo sin necesidad, y no es el primero. Muchos han caído bajo tu lanza de acero. ¿Qué te hace pensar que eres mejor que los miembros de Lázeros?

Cástor no esperaba esa actitud insolente de parte de su guía. Le enervaba su tono crítico. Con un movimiento de manos, restó importancia al reproche. Aunque confiaba en sus actos, la voz brotó titilante.

—El respeto al Planeta es la base de mi filosofía. Todo lo que he hecho ha estado justificado... En ningún momento mi actuación ha sido tan descabellada como para ponerme a la altura de Lázeros.

—Te sientes libre de culpa porque la objetividad en estos páramos no existe. Aquí nadie te juzga, eres tu único juez. No obstante, te diré algo que la experiencia me ha enseñado, amigo mío: el concepto del bien y del mal es relativo, imposible de valorar desde la mirada de la consciencia humana. Tú, que has explorado el impacto de la oscuridad, sabes que todo es más complejo que aquello que la Orden sugiere. Es imprudente juzgar a otros sin conocer sus circunstancias.

La bufanda del Tardígrado bailó con un golpe de viento. El sol asomaba de lleno sobre la niebla incesante del Valle del Cráter, e incidía en ellos con la sutileza de las formas bajo el agua.

Cástor lo observaba perplejo. Ese día Zárenden no era el amigo sabio en quien confiaba para guiar su camino.

—No sé a dónde quieres llegar con esto...

—Hasta ahora, el único método efectivo para combatir la corrupción ha sido la Catarsis, una simplificación extrema del proceso que ha dejado fuera a otras variables que surgen en el comportamiento humano, y que los Soldados de Sinergia son incapaces de considerar. Tú eres un alma libre, conoces al hombre mejor que cualquier persona de la Nueva Civilización. Debes saber cuán atrevido es juzgar.

Eran palabras afiladas como las garras de un Soberano. Cástor estaba asombrado.

—¿Insinúas que el origen del Odio no es tal como creía?

—No juzgo su origen, solo te prevengo sobre su naturaleza. Cuida tu método, Cástor. El Odio que proviene de la materia gerylea es concreto, cristalino, no deja lugar a la confusión. La oscuridad que brota en los corazones humanos adopta multitud de formas, y muchas son insidiosas. Valora los actos de Lázeros desde una óptica objetiva, si no, caerás en la trampa de los sesgos de confirmación.

Cástor, con calma, miró al cielo cubierto de neblina.

—Si todos respetaran los viejos ideales de Dibarusa, sería más sencillo combatir el Odio. Pero ahora que la anciana capital ha caído, y Calysta con ella, el mundo humano ha entrado en una vorágine de incertidumbre... Será difícil recuperar su esplendor.

Zárenden lo miró con firmeza a través de las llamas.

—Si suplantaras a Calysta, quedaría en tus manos conseguirlo. Cástor esbozó una sonrisa congelada.

—Mi ambición no llega tan lejos. Busco una alternativa a la Catarsis, no ponerme al mando de la Civilización. Detestaría tener sobre mis hombros tanta responsabilidad.

—Alguien debe hacerlo. Alguien con valor para tomar decisiones cuestionables, sin miedo a las equivocaciones, y para adentrarse en caminos espinosos con el objetivo de lograr el equilibrio. ¿Quién si no es capaz de iniciar esta aventura?

El joven tenía clara la respuesta.

—Dégora Corae es la persona más competente que conozco, ella sabría gestionar la nueva era. Si me dieran la oportunidad de elegir a alguien al mando de la sociedad, no lo dudaría.

—Los actos de tu mentora condujeron a la caída de Dibarusa, su reputación tanto en Oriente como en Occidente está por los suelos. Y para Dégora, la Orden y la Catarsis lo son todo, no aceptaría una alternativa como la que tú sugieres. No te equivoques, mi querido amigo, solo tú puedes guiar al ser humano hacia un nuevo orden mundial.

Cástor apartó la mirada, turbado. Le costaba creer que hablara en serio, pero Calysta, en el Templo de Dibarusa, le sugirió una idea similar. Un sudor frío y perlado resbalaba por su tez, le aterraba pensar que el futuro del Planeta dependiera de él. ¿Era ese su destino?

El Tardígrado escupió la rama de canela, y no llevó ninguna a la boca.

—Decidas lo que decidas, mi estimado compañero, te lo ruego: no permitas que el Odio domine el mundo de los hombres. No permitas que los corazones impuros controlen la Civilización como en la Edad Vetusta, ni que pongan de nuevo en peligro a nuestro querido hogar. Tú, igual que yo, has conocido el mundo previo a la Gran Catástrofe, lo has sentido en tu piel. No quieres que el Gran Ente se enfrente una amenaza así, ¿verdad?

A Cástor apenas le salían las palabras.

—¿Y si no puedo impedirlo...? ¿Qué ocurriría si careciera del valor para evitar el desenlace?

Zárenden se irguió hacia él. Su rostro vejado mostraba una seriedad insólita, rezumaba sabiduría. Las pupilas reflejaban el rojo de las llamas.

—Entonces, amigo mío, solo quedaría una alternativa...

< < < > > >

Lereth carecía de saliva cuando retomó la consciencia, y buscó con desesperación la cantimplora de agua. Todavía en el Valle del Cráter, Cástor estaba sentado cerca de él, a solas. El sol asomaba en lo alto tras la cúpula frondosa, hacía horas que había perdido la consciencia.

—Juraría que Zárenden estaba contigo —dijo a su hermano, y carraspeó—. ¿Ha vuelto a desaparecer?

Cástor, con la mirada fija en el horizonte, tardó en responder.

—Carecía de razones para continuar aquí.

—¿De qué habéis hablado?

Cástor no quería compartir la conversación con el Tardígrado, su expresión denotaba un regusto agrio. La alternativa que propuso el Guía de las Estrellas le daba escalofríos.

Lereth intuyó que los consejos de Zárenden no agradaron a su hermano, pero la curiosidad era más débil que su prudencia, y esperó volver al Santuario de la Existencia para seguir indagando.

La entrada estaba abierta cuando el falco aterrizó en el desierto, tal como la dejaron cuando partieron a los Montes Valhos. La arena destellaba en los yermos despejados de neblina.

La duna que sepultaba el Santuario se movía frenética con los vaivenes terrenales, las ondas ilógicas de un poder ancestral en esplendor. Bajo los velos de lo racional, el pasadizo secreto conducía al corazón de la ciudad abandonada, donde la cueva-bosque mostraba la magia de los tiempos olvidados. La temperatura descendía una decena de grados al dejar atrás el río de arena invertido.

Los hermanos enfilaron en silencio hasta la cueva-habitación de Gádribel, donde guardaban los alijos. Tras un acuerdo tácito, prepararon una infusión.

—Mañana es un buen día para partir de vuelta —dijo Cástor sin alterar la expresión.

Lereth se encogió de hombros. Seguía serio, la actitud hermética de su hermano le preocupaba tanto como su deva maldito.

—Ahora que has controlado el poder de esa piedra, ¿qué harás con el brazalete? —preguntó señalándolo—. ¿Te lo quedarás?

—Lo necesito para demostrar que el dominio del Odio es posible. De otro modo, la gente desconfiará de mi palabra.

—Imagino que, cada vez que te pidan una muestra, harás desaparecer a otra criatura...

Cástor apartó la cabeza. Era la única forma de probar las capacidades que tanto le habían costado lograr, de las que se sentía tan orgulloso.

Lereth lo miró con desdén.

—Ese poder te consumirá, lo sabes tan bien como yo. Pero entiendo que a Zárenden no le preocupa.

Una brisa entró en la habitación; ocurría en ocasiones para otorgar realismo al microclima artificial. Cástor provocó un fuego debajo de la cocina para calentar la cacerola, y tras coger unas hierbas almacenadas en la despensa, las echó en el recipiente, que adquirió un color verdoso.

Lereth tomó asiento en el banco de piedra. Infirió que su hermano no había dormido, sus ojos bien abiertos estaban rodeados de surcos oscuros.

—Hay algo extraño en ese hombre —le dijo, refiriéndose al Tardígrado—, algo siniestro que me aterroriza. Su mera presencia me hizo desfallecer... No permitas que influya en ti, has evolucionado mucho desde que eras un Soldado de Fe. Eres libre para tomar tus decisiones.

Cástor, atento al recipiente, removía la infusión como una labor mecánica.

—Zárenden me dijo una vez que eres puro de espíritu, Lereth, que el Odio nunca te ha corrompido. Los daérumas, por tanto, nunca te han purificado. Él puede ver esas cosas.

Lereth entornó los ojos. El dato sorprendente lo relajaba.

Cástor colocó una taza delante de su hermano, y con calma tomó sitio frente a él.

—No te preocupes, ha dejado de actuar como mi guía —continuó—. Ahora solo es un amigo, pero me reconforta saber que cuento con su apoyo para mi propósito. No olvides que todo esto empezó gracias a él.

Lereth tomó la cucharilla del té y la giró con fervor entre sus dedos.

—Hablas como si tuviéramos que agradecerle que nos haya metido en la guerra que se cierne sobre el mundo humano. De no ser por él, desconoceríamos a Lázeros, la pérdida de Dibarusa habría sido irrelevante en nuestras vidas, y Calysta no habría dejado el maldito destino del Planeta en nuestras manos... Demonios, de no ser por él, mi existencia apenas se habría alterado, vería el futuro con esperanza.

Cástor enarcó las cejas, curioso.

—Entiendo que, si pudieras, elegirías vivir en la ignorancia, con una vida apacible.

Lereth se reclinó en el asiento.

—No haría daño a nadie. ¿Qué tendría eso de malo?

Cástor levantó los brazos.

—Para mí es tarde, pero tú aún puedes mantenerte al margen.

Lereth gruñó, dando vueltas a la cucharilla.

—Sería un cobarde. Ojalá pudiera volver atrás, pero para mí también es tarde...

—Porque te importa demasiado lo que los demás piensen de ti. —Cástor volvió la vista a la cazuela para servir su infusión.

—Nadie esperaba que el caso Lázeros tomaría tal envergadura. Como alertaron los reluctantes, el Odio es un virus que se extiende con facilidad y corrompe a todos los que toca. Las posibilidades de que perturbe a una sociedad son enormes; ni siquiera la Catarsis puede detenerlo, requiere de las acciones de otros seres humanos para combatirlo. Es preciso que cada uno aprenda a controlarlo de forma individual, para impedir que domine nuestra voluntad.

Lereth frunció el ceño.

—Hablas de tu proyecto... Cástor, te seré honesto: veo complicado ponerlo en práctica en la Civilización. Un tardígrado como tú ha sufrido durante muchos meses para controlar la oscuridad. ¿Propones que cada persona pase por lo mismo...?

Cástor se acomodó en el banco de piedra, con la espalda en la pared. Firme en sus convicciones, mantenía la calma.

—Yo he dado el primer paso, el más arduo; a partir de aquí, todo será cuesta abajo. Ahora sé cómo implementarlo; lo demostraría contigo, pero no notarías nada porque eres puro. —Tomó un sorbo del té de hierbas e hizo una mueca de dolor por el ardor en su paladar. —Eliminar de base la tentación hacia el Odio es la única forma de asegurar que el ser humano jamás se corromperá ni minará la fuerza vital del Planeta.

Lereth seguía disuadido.

—¿Cómo hará la gente que no tiene acceso a las artes ancestrales? Ajenos a estos conocimientos, sucumbirán al Odio.

—En tal caso, es posible que masificar las artes ancestrales no sea descabellado. Un retorno a los tiempos de la Edad Perdida.

Entre sorbos, Lereth seguía girando la cucharilla en su mano con gran destreza. Las volutas de vapor de la infusión camuflaban sus rostros.

—Talós Édelan advirtió que dejar ese poder en manos inapropiadas pondría en peligro nuestro mundo. La Corporación Lázeros es una nimiedad al lado de los peligros que nacerían entonces.

Cástor vaciló, no había valorado ese desenlace. Apartó la cabeza con desdén.

—Solo el Destino sabe qué será de nosotros. Somos marionetas en sus manos.

—No dejemos nuestra suerte en algo tan incierto como el Destino... El futuro de nuestro mundo depende de los humanos. De nadie más.

Cástor se movió inquieto.

—De momento, deberíamos descansar, hermano —sugirió—. Mañana cambiará nuestra rutina.

Lereth tragó saliva. Le preocupaba que su hogar fuera irreconocible a su vuelta. El recelo y la curiosidad lo atormentaban por igual.

—Entiendo que iremos al Templo de Sinergia... Es el paso lógico.

—Según lo que encontremos allí, decidimos qué hacer después.

—¿Recuerdas la promesa que hiciste tras la Masacre de Banelach, Cástor? ¿Que no actuarías de forma impulsiva? —Su hermano asintió, vacilante. — A tu manera, lo has cumplido hasta el día de hoy. Gracias a esa moderación, has encontrado la senda hacia tu destino.

—¿Qué insinúas...?

Lereth se inclinó.

—Necesito una nueva promesa, hermano: pongamos fin al conflicto con Lázeros. Esa es la prioridad, previa a tu cometido personal. Por favor, necesito saber que cuento contigo. —Lereth miraba a Cástor con firmeza. — Zanjado el problema, estaré a tu lado para alcanzar tus objetivos. Tienes mi palabra. Entre los dos será más sencillo dilucidar el método óptimo para realizarlos.

Cástor ladeó la cabeza.

—Te recuerdo que yo también desdeño la filosofía de Lázeros. A Lereth le convenció la respuesta.

Después de la infusión, los hermanos marcharon a sus respectivos lechos de piedra. Carecía de sentido pensar en algo más que en los convulsos días venideros, azotados por la incertidumbre. Necesitaban energías para el largo viaje que los esperaba.

Esa noche, la melancolía invadió sus corazones. Era la última vez que contemplarían la creación de los antiguos, la magnificencia de la civilización olvidada.

Abandonaban el Santuario de la Existencia con un sabor agri-dulce.

